



Colecc. LR Beltrán  
PP-AIII-045



ASOCIACIÓN  
de PERIODISTAS  
de LA PAZ

Asociación Nacional de Periodistas, La Paz (2006) Luis Ramiro Beltrán Salmón: fragmento de entrevista. En: Asociación Nacional de Periodistas. Del periodismo y sus memorias: 1929-2004; 75 años de historia. La Paz, ANP, CAF. Pp. 211-213.



# Del periodismo y sus memorias

1929-2004: 75 años de historia



Mil y una historias, todas ellas vinculadas al periodismo de la primera mitad del siglo pasado, hilvanan la vida de Luis Ramiro Beltrán, Premio Nacional de Periodismo 1997. Orgullosamente orureño, precoz periodista y reconocidísimo investigador de la comunicación social, tarea por la que recibió el Premio Mc-Luhan-Teleglobe Canadá en 1983, Luis Ramiro Beltrán fue testigo y protagonista de los últimos días de vida del diario “La Razón”, el que fuera fundado el 17 de febrero de 1917 por Félix Avelino Aramayo, uno de los tres barones del estaño. Fue en ese diario donde el periodista y comunicador social libró sus últimas batallas periodísticas desde una redacción, y esa es la historia que recogemos aquí. Escuchémoslo.

### El “gran periódico” del siglo pasado

“La Razón era el gran periódico de Bolivia. Yo ingresé a este periódico en 1948, cuando estaba en el último

año de secundaria, tenía 18 años. Todos quienes trabajaban en la prensa de entonces soñaban con trabajar en este diario, era el mejor periódico, el que mejor pagaba. A mí me invitó el director, Alfonso Crespo Rodas, ingeniero, hermano del historiador Alberto Crespo Rodas. ¿Por qué me invitó? Porque en La Razón trabajaba un pariente mío, un gran periodista, Hugo Alfonso Salmón. El equipo de prensa de La Razón era muy chiquito en comparación con lo que se tiene ahora. A mí no deja de asombrarme que hoy diarios como ‘El Deber’ o ‘La Prensa’ tengan entre 30 a 50 periodistas. En La Razón éramos 12 ó 15, y era la redacción más grande en ese tiempo.

“Hice de todo en La Razón, hasta deportes, de lo que no sé nada y de donde, por haber metido la pata, nunca más me tomaron en cuenta, por lo que quedé muy feliz. En esos años, todos los fines de semana hacíamos turnos, y a mí me tocó la cobertura de las carreras en el hipódromo, el que quedaba al empezar la actual calle 21 de San Miguel. Las carreras de caballos tenían toda una jerga, todo un lenguaje que obviamente yo desconocía, de manera que la crónica que escribí resultó deliciosamente estúpida. El jefe de la sección pidió mi cabeza, pero el Director dijo que si me echaba también tendría que despedir al jefe de la sección, por no revisar la malhadada crónica. Al final, no despidieron a ninguno de los dos, pero yo no volví a escribir nunca más sobre deportes.

“Entre 1948 y 1952, tiempo en el que estuve en La Razón, fui jefe de turno y hasta subeditorialista, pero a mí lo que más me gustaba era escribir en un suplemento literario que incorporaba artículos europeos, latinoamericanos y bolivianos. Hice un montón de crónicas con María Luis Pacheco y dos fotógrafos, uno de ellos era Linares. Era feliz escribiendo sobre los tranvías de La Paz, sobre la llaucha o sobre el campo de esquí en Chacaltaya. Eran textos pensados para el lector de domingo, una suerte de los actuales magazines. El periódico se manejaba como si fuera una familia, era hecho por un grupo de muchachos muy alegres que no veían la hora de cerrar la edición para irse de juerga. Éramos un equipo muy fraterno.

<sup>1</sup> El texto que aquí se presenta, es parte de una larga entrevista sostenida con Luis Ramiro Beltrán Salmón, Premio Nacional de Periodismo 1997.



“Desde el punto de vista político eran tiempos difíciles para los periodistas de La Razón. Estábamos expuestos permanentemente a ataques de toda naturaleza. Había mucha tensión porque el dueño era Avelino Aramayo, y aunque él era el menor de los tres barones del estaño, era el que daba la cara, el que tenía un periódico. La insurgencia popular del MNR nos tenía puesta la mira. A veces había dificultades de cobertura o no nos daban información, o simplemente eran ásperos con nosotros. No debe olvidarse que el gobierno de Mamerto Urriolagoitia, en 1951, desconoció un triunfo electoral muy claro del MNR y puso una junta militar burlando la mayoría popular de una forma grotesca.

“En esos tiempos, por supuesto que existía una gran rivalidad entre los diarios, pero no puede negarse que el primer gran diario moderno de Bolivia era La Razón. Y quien la modernizó fue Guillermo Gutiérrez Veá Murguía, a mediados de los años 40. Yo no trabajé con él, pero a él se le debe la construcción del edificio que actualmente ocupa el Ministerio de Justicia, la nueva maquinaria, el teletipo, el cambio el estilo, el dejar de ser el diario del Partido Republicano y tratar de hacer un diario independiente, entre comillas. Era, ciertamente, un diario que defendía los intereses del señor minero, obviamente, pero el manejo periodístico correspondía plenamente al modelo de ‘La Nación’ de Buenos Aires o al *Times* de Londres.

“En esos años, la importancia de las noticias se reflejaba en el número de columnas que se les asignaba. La Razón era un diario de ocho columnas, y yo puedo decir que sólo una vez —en los cinco años que trabajé en La Razón— publicamos una crónica policial en cuatro columnas, en ocasión de la muerte de Cecilio Guzmán de Rojas. Lo encontraron en Llojeta, yo hice toda la investigación, pero la crónica la hizo Walter Montenegro. La Razón era un periódico muy discreto, no hacía escándalo por ninguna parte. Era un periódico indudablemente pro oligárquico, pero era también un periódico serio, con un manejo ético y decente.

“A propósito de diarios oligárquicos, ‘El Diario’ sí era el periódico de la oligarquía minera, pero hay que ver cómo. “¿Sabe usted quién era el jefe de redacción de El Diario”? José Luis Corujo, un republicano español, exiliado, hombre de izquierdas; ¿y quién era el jefe de taller de El Diario?: Bruno Borsetti, miembro confeso del Partido Comunista argentino, además de cachascanista y empresario de cachascán; y el jefe de la rotativa era un anarquista uruguayo, el señor Ferreiro. De manera que en el diario de la oligarquía sus tres capitanes eran de izquierda”.

### Cuatro días de abril...

“Yo vivía en la calle Montevideo el 9 de abril. Salí muy temprano preocupado por las noticias hacia mi empleo. Me encontré en la calle con Mario Guzmán Galarza, movimientista y dirigente de la Federación de Estudiantes, estaba medio mustio, callado. Recuerdo que subimos los dos hasta la UMSA y allí nos despedimos. En La Razón estuvimos tres o cuatro días preparando la edición, sin poder venderla nunca. Fuimos rodeados por milicianos armados y con antorchas que hacían una guardia hostil... lanzaron una antorcha por la parte trasera del edificio, donde se encontraba el depósito de papel del periódico... Nosotros permanecíamos atrincherados en nuestras oficinas...

“Lo que me pareció muy grato y valiente es que no faltó ni un solo redactor, ni el mensajero, ni la secretaria, estábamos todos durante esos cuatro días, bajo la amenaza total. Nadie faltó al empleo, hasta que el Director del periódico levantó las manos. Don Mario Estensoro, editorialista, un gran musicólogo tarijeño y primo de Víctor Paz Estensoro, y Walter Montenegro, que tenía muchos amigos movimientistas, fueron enviados al Palacio. Hablaron con Gumucio y fue él quien les dijo que el gobierno no iba a ordenar ni al pueblo ni a las milicias que se retiren del asedio a La Razón, que no tenían porqué defender a Aramayo.

“En el primer día de esos cuatro en que estuvimos atrincherados en el periódico, a mí me tocó llamar y preguntar sobre los integrantes del nuevo gabinete. Aprovechando que uno de mis catedráticos era parte del gobierno, lo llamé y le pregunté quiénes eran los nuevos ministros. Creo que esto fue lo que desató la acción de los milicianos, pero lo cierto es que este mi catedrático, sorprendido, me respondió: —¿Cómo?!, ¿va a salir La Razón?... No puede ser—. Sí —le dije—, le estoy pidiendo información sobre el nuevo gabinete para la edición de mañana. —Beltrán, estoy muy ocupado, disculpe...—, me respondió el catedrático en cuestión. Tres días después, nuestro Director nos dijo: ‘Muchachos, ya no hay nada que hacer, hemos enviado emisarios a Palacio y nos han rechazado; hicimos lo mismo con la Policía y nos han rechazado; nadie nos da garantías, de manera que voy a asilarme, y lamento mucho no poder ayudar a que ustedes hagan lo propio’.

“Fue muy emocionante. Nos abrazamos, nos despedimos y salimos. Después, el gobierno cerró La Razón porque el edificio en que funcionaba era de la empresa ‘Aramayo Mines’, que cayó bajo el decreto de nacionalización. De manera que no se clausuró el



periódico, pero sí el edificio, y fueron sacando la maquinaria, el linotipo, los diez intertipos que teníamos, que eran un lujo asiático. Así se extinguió el más grande diario boliviano de toda la época republicana, el mejor en número de páginas, diseño, etcétera, Fue una lástima. Naturalmente, cuando se cerró el periódico y el director tuvo que exiliarse, todos sentimos la hostilidad del momento, quedamos bajo el vendaval, no teníamos dónde irnos ni cómo irnos”.

### **De periodista a salteñero**

“El cierre de La Razón me dejó en la calle, sin empleo, aunque me defendía trabajando en radio, un poquito en publicidad y relaciones públicas, en una empresa que se llamaba Panagra. Después, mi madre y yo nos hicimos salteñeros, en un garajito, donde termina la Ecuador para entrar al Montículo. Mi madre hacía unas salteñas de película, todos los días se vendían unas trescientas y los domingos mil. Era un éxito, pero también en eso nos amargaron.

“Vivíamos de las salteñas. Teníamos un saloncito con dos mesitas, pero no faltaba un tipo que le metía moscas al trago e inmediatamente aparecía otro, un inspector,

y nos sancionaban todo el tiempo. Pero la presión más decisiva se produjo un día en que vino una miliciana de Palacio y nos pidió 2.500 ó 3.000 salteñas para una fiesta en el Montículo, donde iba a estar el señor Presidente de la República.

Le respondimos inicialmente que no teníamos la harina suficiente para tamaño pedido (los movimientistas distribuían la harina por cupos). De todas maneras, logramos cumplir con el encargo, hicimos tres turnos sin dormir, contratamos dos maestros salteñeros más y a un auxiliar. Llegada la hora de cobrar, y cuando mi madre fue por tercera vez a hacerlo, la miliciana que nos contrató le dijo: ‘Usted viene a fregar una vez más y su hijo se va para Curahuara de Carangas’. Dos meses después nos vimos obligados a vender el negocio.

“De ahí en adelante la historia de mi vida ya es mucho más conocida. Salí del país por un año, me fui quedando y pasaron 34 años. Cambié el oficio, dejé el periodismo para escribir muy ocasionalmente desde el exterior, pero nunca más volví a la batalla cotidiana de la redacción. Lo mío fue, desde entonces, la comunicación para el desarrollo”.

